

desconocidos, y en cierta manera sepultados en la mortaja del olvido, ellos han resucitado en nuestros modernos tiempos, ellos han atravesado, como una chispa eléctrica, las tinieblas de los siglos, y nos han traído, brillando la luz del progreso.

Tal ha sido la marcha del principio de los semejantes. En todos tiempos ha sido puesto en práctica por los médicos, sin que lo sepan, se ha deslizado á su pesar, en su conciencia. Pero en todas las épocas también se han hallado prácticos esclarecidos y eminentes, cuya inteligencia lo ha presentado, cuya experiencia lo ha reconocido, y cuya buena fe lo ha proclamado. No quiero hacer aquí la historia de la ciencia á este respecto, y gastar un lujo de vana erudición, citando una serie de nombres propios. Baste decir que desde Demócrito, hasta Stahl, Van-Helmont, Paracelso, Franck, y los autores más distinguidos de la Escuela Alopática, el principio de los semejantes, siempre ha marchado—lentamente quizá— pero siempre ha marchado, y de etapa en etapa, ha llegado finalmente á sus hogares.

Ved una confesión moderna, debida al doctor Luis Saurel, redactor de la «Revue Thérapeutique du Midi:»

«Nuestra incredulidad no es tan-

ta sobre el principio de los semejantes, que reconocemos ser racional y frecuentemente aplicable como sobre las dosis infinitesimales.»

«Creemos, sin dificultad, que se pueden curar ciertas enfermedades, quizá hasta la mayor parte de las enfermedades,» por remedios cuya acción, les es homeopática, siempre que su dosis caiga bajo los sentidos; pero la acción de los infinitamente pequeños es una cosa que no podemos concebir.»

Recordemos el nacimiento de los dos principios doctrinarios opuestos. Producidos por el mismo padre, salidos del mismo tronco genealógico y teniendo derecho á la misma corona, el más joven ha frustrado el proyecto fratricida de su hermano mayor, pero ha sufrido mucho tiempo la opresión de su envidia.

Me represento á ese desdichado príncipe condenado á un muy largo destierro. El va triste, pero jamás desalentado. Camina penosamente en su ruta, ya con la faz descubierta ya bajo el velo de un fatal disfraz. Aquí, reposándose bajo el techo de una dulce hospitalidad, y allá, traicionado y proscrito por los suyos que no quieren reconocerle.

En fin, llega; entra en su palacio, halla su cetro y su corona, y

sus legítimos y fieles súbditos le proclaman rey. Ha triunfado, reina, y reinará, á pesar de la oposición furiosa de sus enemigos. Ya el Palacio de su hermano cruge y cae y están próximos los tiempos, en el que los que pasen podrán descansar bajo sus ruinas.

Me represento á la Homeopatía como una hermosa estatua de mujer. Hipócrates halló el trozo é indicó vagamente las formas. De siglo en siglo, cada Miguel Angel de la época, ha dado su golpe de cincel á la estatua, y finalmente Hahnemann la ha pulido, la ha acabado y ha descubierto á la celestial figura.

El principio de los semejantes es un principio universal; se extiende á todo, haya su aplicación por doquiera; en las ciencias físicas, matemáticas, mecánicas y naturales; en religión, en moral, en política y en literatura. En todas partes le hallaréis, si tenéis el hábito de la observación y el deseo de daros cuenta de las cosas.

¡El «semejante!»

Hé aquí una de las palabras más empleadas y menos comprendida. O bien se ignora generalmente su alcance y su verdadera significación, ó bien se la confunde con sus vecinos. Importa, ante todo, en esta discusión, comprenderla en su esencia, y limitar su figura caracterís-

tica. Para entendernos y explicarnos muy claramente, vamos á servirnos de un ejemplo, tomado de las matemáticas.

La geometría dice que dos triángulos son «iguales» cuando tienen los tres ángulos iguales y los tres lados iguales, y que dos triángulos son «semejantes,» cuando tienen los tres ángulos iguales, y los lados homólogos proporcionales.

Hay dos elementos en un triángulo: los ángulos y los lados ó una parte del espacio encerrada en un perímetro. Quiero decir, que la parte cubierta representa en los seres la esencia, y la parte que la cubre, el modo ó la figura. Por tanto, varios seres pueden tener la misma substancia, sin tener la misma figura. No confundáis, pues, la semejanza con la igualdad y la identidad. Esta no se aplica sino á los seres que tienen la misma substancia y el mismo modo.

Ved cosas que se deberían distinguir muy bien, y que se confunden muy á menudo. Ejemplo: He buscado la palabra «egal,» en un vocabulario de la Academia francesa, y he encontrado «Egal,» adj.—«pareil, semblable!» (*) ¡Y que este

(*) En el Diccionario de la lengua castellana por la Academia Española se lee: IGUAL adj., lo que es de la misma naturaleza, cantidad ó calidad de otra cosa.—Muy parecido ó semejante, y en este sentido se dice: no he

libro haya sido el pan cotidiano de mi tierna inteligencia, cuando daba los primeros pasos en el sendero de los estudios! Sin embargo, la Academia Francesa debía conocer bastante bien su lengua, para ser responsable de sus definiciones, ¡pero los Académicos no hacen otras!

¡Tal vez sabéis por experiencia, que con frecuencia se disputa porque no se entiende; el tiempo ha dado á esta sentencia, toda la fuerza de un proverbio. Pues bien, esto es lo que pasa todos los días respecto á la Homeopatía. Y esto es, porque en el mundo no siempre se lleva en la bolsa el vocabulario, y se permiten tener sobre los semejantes las opiniones más falsas y absurdas. Es, por qué en la manipulación de los términos, se fían demasiado en la elasticidad complaciente de los sinónimos que la ignorancia trata de arrojar lodo al rostro de la verdad, sin apercibirse que se ensucia la mano.

Así oís decir:

—¿Habéis bebido mucho? Continúad bebiendo para arrojar los vapores del vino.

—¿Habéis recibido un golpe? Hacedos dar otro en el mismo lugar para curaros.

— visto cosa igual, ó ser una cosa sin igual, esto es no tener semejante. [SIMILIS, AEQUALIS. (Nota del traductor.)

—¿Tenéis solitaria? Tragaos otra para arrojarla.

— Dejad semejantes estupideces entre la inmundicia de las plazuelas, y no descendáis nunca á recogerlas.

Vigilad, pues, severamente vuestra locución, y no empleéis un término, sino después de haberlo bien ponderado, sobre todo, si en un platillo de la balanza queréis ponerlo en equilibrio ó en oscilación con un principio.

Por tanto, llamad iguales á dos estatuas fundidas en el mismo molde, llamad iguales á dos retratos que han pasado por el mismo foco de la cámara obscura, llamad iguales á dos notas al unísono, teniendo el mismo número de vibraciones.

Mas estableced entre la igualdad y la semejanza, la misma diferencia que existe entre la miniatura y la forma natural, entre la copia y el original, entre un sonido y otro sonido, separados por una ó varias octavas.

Por la misma razón, una hoja es semejante á otra hoja, pero no le es igual; un niño es semejante á un hombre, pero no le es igual.

Ya os he dicho que el principio de los semejantes era universal.

Por hoy no puedo ni demostrarlo, ni dar á esta tesis mayor desarro-

llo. En otras conferencias, volveré al mismo asunto, y por ahora me contentaré con sembrar algunas ideas en el campo de vuestras libres reflexiones.

¡Ved á las diversas razas numanas! Todos los tipos, todas esas figuras, todos esos rasgos, todo se parece.

¡Ved á los animales de la misma especie! todas esas formas, todos esos detalles de organización, todos esos actos casi mecánicos, de un instinto tan móvil.— Todo eso se parece.

¡Ved el reino vegetal! todas esas plantas, todas esas flores, todas esas hojas, todos esos frutos.— Todo eso se parece.

¡Ved el mundo moral! Estudiad las inclinaciones, los hábitos, las pasiones, comprended, si podéis, todas esas atracciones y repulsiones que ponen en juego al amor espontáneo é invencible, ó al odio más caprichoso; analizad la gran ley «similis similem quaerit,» el semejante busca al semejante.

Entrad en el santuario de las bellas artes. ¿Cuál es la mejor definición de la música? La de San Juan Crisóstomo: la música es una serie de acordes que se invocan.— Ahora bien, sólo los semejantes se invocan, similis similem quaerit.

Moled colores para depositarlos sobre una tela, la semejanza es la

ley de su combinación infinita, sólo los semejantes se combinan entre sí.

Y en el arte oratorio, conocéis este gran precepto: «Si vis me flere, flendum est primum ipsi tibi,» si queréis hacerme llorar, comenzad por llorar vos mismo.

Cuando, durante el estío, es uno devorado por la sed, el mejor medio de extinguirla ¿no es el tomar algunas gotas de aguardiente?

Muchas personas lo saben.

Cuando un enfermo está devorado por el fuego de la fiebre, el mejor medio de calmarla, ¿no es el tomar bebidas calientes? Lo saben todos los enfermeros.

¡Ved! por doquiera, el sufrimiento llama al sufrimiento, la alegría á la alegría, las lágrimas llaman á las lágrimas, el amor llama al amor, la serie llama á la serie, la armonía á la armonía, todos los seres se llaman con una atracción universal! ¡por do quiera halláis el ajuste de los semejantes!

TEORIA DE LOS SEMEJANTES.

—La Homeopatía es la ciencia que cura las enfermedades tratándolas por sus semejantes; en otros términos, tratándolas con medicamentos capaces de producirlas.

¿Cómo se verifica esto? Los semejantes se curan por los semejantes, he aquí el hecho. Mas, ¿cuál es el mecanismo de este hecho?

¡He aquí el secreto sellado con siete sellos!

Desde que la Homeopatía se puso en camino, estudiamos los misterios de sus movimientos: ¡curiosidad inútil, esfuerzos supérfluos! Los matemáticos buscan la trisección del ángulo, la cuadratura del círculo, y el «postulatum» de Euclides; los físicos estudian la irradiación del calórico y de la luz; los astrónomos calculan la distancia, el número y volumen de las estrellas; los mecánicos van en pos del movimiento perpétuo: los alquimistas quieren crear la piedra filosofal; los filósofos mellan su escarpelo en la anatomía psicológica y muchos pierden su tiempo en querer penetrar los misterios de la predestinación. ¡Vanidad de vanidades!

También nosotros hemos tratado de arrancar á la ciencia el secreto de la teoría de los semejantes pero desdichadamente nada hemos podido hallar todavía. Hemos llamado, y la puerta ha permanecido cerrada; ¿se abrirá algún día?

Si nuestra vana y orgullosa curiosidad no ha sido aún satisfecha, nuestro trabajo no ha sido del todo inútil; nuestras investigaciones han acopiado ciertos materiales. Os los voy á hacer conocer, y esto es todo lo que permite el estado actual de la ciencia. Seré breve, mas re-

clamo para estas pocas palabras toda vuestra atención.

Los primeros discípulos de Hahnemann partían de este principio: que dos enfermedades no pueden existir juntas, iguales y de la misma naturaleza, en el cuerpo humano. Poniendo ante una enfermedad cualquiera el medicamento más semejante, la enfermedad artificial, producida por el remedio, se substituía á la enfermedad natural, y tomaba su lugar; después, la primera desaparecía naturalmente, ó bien se la sofocaba con un antídoto, y la salud era el resultado de esta maniobra terapéutica.

Esta teoría, en efecto, es muy sencilla. ¡Pluguiera al cielo que fuese verdadera!

Entonces, la Homeopatía fué llamada la medicina substitutiva.

Este error, dió nacimiento á las falsas interpretaciones que hallamos todos los días, ya en el mundo razonador, ya en ciertos escritos de buena ó de mala fe.

Así, hallaréis en un diccionario universal, en el artículo «Homeopatía», la exposición de esta opinión.

Ahora, las personas del mundo que no quieren ó no pueden darse el trabajo de consultar los tratados especiales, van á buscar en las enciclopedias, los conocimientos que creen hallar del todo hechos. Ved, sin embargo, lo que resulta;

razonáis sobre la fe de esas opiniones, y siendo falsas esas opiniones razonáis falsamente!

Los tratados modernos de materia médica alopática, adoptan ciegamente interpretaciones tan fáciles, y exponen á la Homeopatía bajo el título de «medicina substitutiva.»

¿Qué resulta entonces? Que los médicos, no conociendo nuestra doctrina, sino conforme á esas apreciaciones ligeras y de fácil digestión razonan como las personas del mundo, y, como ellas, sin dudarlo, despachan á sus clientes, con esa falsa moneda corriente.

Se ha llamado aun á la Homeopatía: «la medicina de los específicos.» Los medicamentos curan á los enfermos de una manera puramente oculta; ¿cómo? no se sabe nada; ellos curan, porque curan. Si lleváis más adelante vuestra cuestión, se os responderá, que los medicamentos curan en virtud de la ley de la especificidad. Cada enfermedad tiene su medicamento en la naturaleza, medicamento infalible que se encuadra como una pintura con su marco; de esta manera es como la quinina cura los accesos de fiebre, el fierro la clorosis, el iodo las escrófulas, el mercurio la sífilis, etc.

Otros han considerado á los medicamentos como encerrando una

especie de miasma; á las enfermedades como siendo también de una naturaleza miasmática, y entonces muy naturalmente, las enfermedades se curan por una inoculación específica.

Otros ven en los medicamentos ayudantes de la naturaleza medicinal. En todos tiempos, desde Hipócrates hasta nuestros días, esta idea ha tenido su crédito en las escuelas. La enfermedad es un combate entre la naturaleza y el principio morboso; este obra, aquél la reacciona; primero hay ataque del enemigo, y después defensa y repulsión del otro campo; de ahí, acción repulsiva del agente morboso; después, acción secundaria de la naturaleza ó reacción.

Esta vieja teoría de la reacción, rejuvenecida por el célebre Barthez, siempre ha seducido á los espíritus, y sin más prueba, ella siempre ha pasado como buen valor en el campo de la terapéutica.

Si entonces, conforme á este sistema, la enfermedad no se limita sino á ligeras turbaciones en el organismo, la naturaleza siempre será bastante fuerte y bastante inteligente para desembarazarse por sus propias fuerzas y su sola reacción; pero, si la agresión es muy violenta, si su intensidad paraliza el poder de la naturaleza, ó si todavía está, por otra parte, sofocada

por una mano muy poderosa, es incapaz de dirigir los esfuerzos de la lucha y la táctica de la defensa, le será preciso entonces, fuerzas extrañas, y el socorro de un hábil consejo. Ved cómo el medicamento, obrando en el sentido de la reacción y agregando su energía al impulso de la naturaleza, se convierte en un ayudante, en un con-génere, en un refuerzo, y la curación es el triunfo de dos potencias aliadas.

Otros, en fin, han aprovechado esta teoría de acción y de reacción, y han calculado su sistema sobre su mecanismo. Y para esto, suponen en los medicamentos, dos efectos bien distintos, uno primitivo y el otro consecutivo. El primero, obrando en el sentido del mal; y el segundo, reaccionando en el sentido de la naturaleza. Aquél produciría las agravaciones que estallan tan frecuentemente y parecen sumergir al enfermo en el abismo; éste operaría su salvación, y le empujaría á la orilla sobre el dorso de la ola.

Hé aquí, en algunas palabras, el sistema que, en la elección del trono del porvenir, reúne más sufragios. Es porque, en efecto, presenta en su manifestación las probabilidades más capciosas y más seductoras.

Así el café impide primero dor-

mir, pero trae el sueño por su efecto secundario; el opio, que hace primero dormir, trae en seguida el insomnio; todo el mundo sabe que la cónstipación sucede á la diarrea, la torpeza á la agitación, y la prostración de las fuerzas á la agitación artificial encendida por los licores alcohólicos.

Mas, todas las substancias medicamentosas están lejos de llenar estas dos condiciones, las que era menester llenasen, sin embargo, para que el sistema tuviese una importancia fija. Además, sería preciso, para conservar los puntos de semejanza entre los medicamentos y las enfermedades, que éstas tuviesen también su efecto primitivo y su estado consecutivo, lo que está lejos de ser, y sobre todo, de ser universal. Podríanse citar algunas como se han citado algunos medicamentos; pero para levantar el edificio de un sistema completo, serían necesarios más de dos, más de cuatro elementos.

Así, en general, según este sistema, el efecto consecutivo, siendo el opuesto del estado primitivo, el resultado de la maniobra sería la salud, opuesta á la enfermedad; sí, pero era preciso para esto, que la salud fuese lo contrario de la enfermedad, lo que no es,

Ved una demostración por el absurdo.

Supongamos un dolor en una rodilla, manifestándose principalmente durante la noche, y agravándose principalmente por el reposo; el medicamento que daréis, aumentará primero este dolor; mas, después, en virtud del efecto consecutivo, traerá el resultado contrario al efecto primitivo; es decir, que entonces el dolor se dirigirá á la otra rodilla, se manifestará durante el día y se agravará por el movimiento, esto es lógico, sí; pero es absurdo.

Ved por qué á este sistema lo desecho como á los demás.

Mas, me diréis, puesto que demostréis todas estas teorías, ¿tenéis una para reemplazarla? ¡Ah, no! Rindo homenaje á vuestra justa observación; pero si no puedo daros la verdadera, prefiero mejor esperarla que adoptar semejantes hipótesis.

He buscado, sin embargo, y os voy á decir, no la idea que he hallado, sino lo que he apercibido en mis meditaciones; no lo que creo verdadero sino lo que desearía fuese verdadero.

Os he dicho, que las enfermedades tenían un origen vital, y que su manifestación se ligaba siempre á una causa primitivamente fluidica. Os he dicho también, que los medicamentos eran enfermedades virtuales y agentes fluidicos.—y de esto estoy profundamente conven-

cido— cualquiera que sea por una parte, la naturaleza de la enfermedad, cualquiera que sea, por la otra, la dosis del medicamento, porque todo medicamento si no está fluidificado por nuestras preparaciones oficiales y mecánicas, está fluidificado, dinamizado, por el movimiento circulatorio de los diversos líquidos del cuerpo.

Sentado y admitido esto, si ponéis frente á frente, al medicamento y á la enfermedad, ó, en términos equivalentes, dos fluidos, y que el resultado de esta operación sea la salud; ¿qué puede haber pasado?

Solo una cosa, «una neutralización de esos fluidos.» ¿Cómo ha sido esto? Lo ignoro. ¿Ha habido una neutralización directa? ¿Hubo primero repulsión como en los fenómenos eléctricos? No sé nada..... mas creo en un fluido electro-biológico; creo que nuestro cuerpo es una especie de máquina eléctrica, creo que la pulpa cerebro-espinal es una pila fluidica; que los cordones neviosos son hilos conductores, y que el sistema del gran simpático completa la corriente. Créo que nuestra vida es el cumplimiento de ciertas leyes fluidicas, creo que nuestras enfermedades son de naturaleza fluidica; creo que los medicamentos son potencias fluidicas; creo que las curaciones son el resultado de neutralizaciones flui-

dicas; todo esto creo: he aquí mi símbolo. No digo que sea infalible, como el de los Apóstoles; pero os he dicho esto en virtud de la libertad sagrada del pensamiento.

Esta idea puede tener su corriente, en un siglo, sobre todo, que se podría llamar el siglo de las manifestaciones fluidicas. ¡Ved, en efecto, si, en nuestros días, no es á los fluidos á los que la ciencia va á pedir los elementos del progreso universal! ¿y quién sabe si más tarde, esta idea no revelará una teoría completa, adormecida ahora en el seno de los misterios fluidicos, como la chispa del rayo en el flanco de la nube?

Mas, salgamos del centro de la teoría para entrar en lo positivo de la práctica. Curaros, queridos enfermos, esto es todo lo que queréis. El por qué, el cómo, ¿que os importa? No queréis saberlo, y tenéis razón. El viajero que goza de la voluptuosa sensación de la extrema velocidad, ¿pregunta al maquinista el secreto de ese movimiento? y el maquinista, que maneja con indiferencia la palanca de su veloz locomotora, ¿pregunta al vapor el secreto de sus hirvientes palpitaciones?

Resumen:

El hombre esta compuesto de una alma y de un cuerpo unidos hipostáticamente por medio del flui-

do vital; las enfermedades—siempre individuales—son alteraciones de ese fluido vital; los medicamentos son potencias fluidicas, morbigenas y morbifugas; los medicamentos sometidos á la experimentación pura, se estudian sobre el hombre sano, antes de ser administrados al hombre enfermo; los semejantes se curan por los semejantes.

Ved en cuatro palabras á la Homeopatía.

Y ahora que la conocéis en todas sus partes integrantes, podéis ver cuán lejos estabais de la verdad, en vuestra apreciación de nuestra Escuela;

¿Decidme si conocéis otra doctrina que esté más conforme con la gran ley de la unidad y del progreso universal, con la naturaleza del hombre, y con sus celestiales destinos?

Y á todos aquellos que, por una culpable ó cándida ignorancia, ó por una oposición ciega ó sistemática, hacen sufrir á la Homeopatía la más ridícula transformación haciéndola consistir en tal ó cual hipótesis absurda, voy á referirles una anécdota conocida de todo el mundo.

Cierto día, uno de los cuarenta de la Academia Francesa, se presentó á Cuvier, y le dijo:

—Vengo á someteros una cues-

tion de historia natural. Encargado de redactar una parte de la letra E de nuestro diccionario, en la palabra écrevisse, (cangrejo), he escrito:

«L'écrevisse (cangrejo) es un pescado rojo que anda para atrás.»

—Señor, replicó Cuvier, vuestra definición es excelente; con estos rasgos, todos los comedores de

écrevisses—y son muy numerosos—los reconocerán.

Pero agregó al oído de, nuestro académico.

«Entre nosotros, le écrevisse, no es un pescado; el écrevisse no es rojo; no anda para atrás. Fuera de esto, vuestra definición es perfecta; conservadla, en provecho..... de los comedores de cangrejos.